

1 Samuel 1:1-28
Por Chuck Smith

Este libro presenta la historia, la historia personal de Samuel quien fue el último de los jueces. Es anunciado en el comienzo del período de los reyes entre los hijos de Israel.

Hubo un varón de Ramataim de Zofim, del monte de Efraín, que se llamaba Elcana hijo de Jeroham, hijo de Eliú, hijo de Tohu, hijo de Zuf, efrateo. Y tenía él dos mujeres; el nombre de una era Ana, y el de la otra, Penina. Y Penina tenía hijos, mas Ana no los tenía. Y todos los años aquel varón subía de su ciudad para adorar y para ofrecer sacrificios a Jehová de los ejércitos en Silo, donde estaban dos hijos de Elí, Ofni y Finees, sacerdotes de Jehová. Y cuando llegaba el día en que Elcana ofrecía sacrificio, daba a Penina su mujer, a todos sus hijos y a todas sus hijas, a cada uno su parte. Pero a Ana daba una parte escogida; porque amaba a Ana, aunque Jehová no le había concedido tener hijos. (1Samuel 1:1-5)

Así que se establece la escena: el hombre viviendo en poligamia, dos esposas, los conflictos internos en la casa.

Y su rival la irritaba, enojándola y entristeciéndola, porque Jehová no le había concedido tener hijos. (1Samuel 1:6)

Realmente la oprimía con ese tema, se burlaba de su incapacidad de tener hijos. Así que Elcana se dirigía a Silo, tiempo de vacaciones, tiempo de fiesta, para la celebración, sería un tiempo de alegría y regocijo al ir a la casa de Dios para adorar. Ellos lo llamaban las “fiestas”, y ellos festejaban. Las personas tenían una gran fiesta. Eran vacaciones, un tiempo en el cual ellos adoraba a Dios y se reunían ante El, un tiempo de regocijo. Así que Elcana se dirigía para

este tiempo y llevó a su esposa Ana con él. Ella lloraba todo el tiempo y no comía.

Y Elcana su marido le dijo: Ana, ¿por qué lloras? ¿por qué no comes? ¿Y por qué está afligido tu corazón? ¿No te soy yo mejor que diez hijos? Y se levantó Ana después que hubo comido y bebido en Silo; y mientras el sacerdote Elí estaba sentado en una silla junto a un pilar del templo de Jehová, ella con amargura de alma oró a Jehová, y lloró abundantemente. E hizo voto, diciendo: Jehová de los ejércitos, si te dignares mirar a la aflicción de tu sierva, y te acordares de mí, y no te olvidares de tu sierva, sino que dieres a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida, y no pasará navaja sobre su cabeza. (1Samuel 1:8-11)

“Padre, Señor, si tú me das un hijo, yo te lo entregaré a Ti, pero quiero un hijo, lo entregaré a Ti todos los días de su vida”.

Hay muchos momentos en que nosotros oramos y nos preguntamos por qué nuestras oraciones no son respondidas. Hay momentos en los cuales Dios retrasa la respuesta a nuestras oraciones. Aquí está el caso. Ana, sin duda, había estado orando por un hijo por mucho tiempo. Y aún así aparentemente no había respuesta para ella. Dios retrasó la respuesta.

Con Ana había una razón por la que Dios retrasó la respuesta, y con nosotros. Si Dios tarda en responder a nuestras oraciones hay una razón para ello. Frecuentemente, con Ana, la razón es que Dios está buscando llevarnos hacia Sus propósitos. Así que Dios estaba esperando, llevando a Ana hacia donde su corazón estuviera completamente hacia Dios y las cosas de Dios, y eso es lo que Dios quería. Dios estaba necesitando a un hombre para guiar a Israel durante esos días desesperados de transición. El necesitaba a un hombre con el cual El pudiera hablar, y que hablara a las personas por El. Porque

durante este período de su historia, ellos realmente no habían escuchado a Dios. Dice, “La palabra del Señor era preciosa”. Quiere decir que era escasa. Dios no hablaba con los hombres. No había hombre cuyos oídos estuvieran realmente abiertos a Dios. Así que Ana finalmente, llena de desesperación en su alma, dice, “si dieras a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida.” Esto era lo que Dios deseaba, esto es lo que Dios estaba buscando, y así cuando Dios la lleva a ese lugar de compromiso con Dios – Señor, si solo me dieras un hijo, yo lo dedicaré a Ti – entonces el Señor respondió a su oración.

Y cuando Dios da, El muchas veces retrasa esa entrega, de manera que El pueda dar más, o para que lo que se está dando sea utilizado para Sus propósitos. La Biblia dice, “pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos” (Romanos 8:26), y esto es muy cierto. Muchas veces nosotros oramos por cosas que en nuestra oración inicial, estábamos pensando solo en nosotros mismos. Santiago dice, “Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites.” (Santiago 4:3). Muchas de nuestras oraciones son pedidos personales a Dios, es como si casi viéramos a Dios como Santa Claus, “Quiero esto, quiero aquello y aquello otro”. Nosotros realmente no estamos pensando en Dios, sino que pensamos en nosotros mismos. Lo que yo quiero, en lugar de lo que Dios quiere

La Biblia dice, “Y esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye. Y si sabemos que él nos oye en cualquiera cosa que pidamos, sabemos que tenemos las peticiones que le hayamos hecho.” (1 Juan 5:14-15). Mucho de lo que pedimos no está de acuerdo a Su voluntad, sino que es acorde a mis propios deseos. Estoy pensando en mí mismo, cómo puedo utilizarlo para mí. Ana, sin duda, estuvo por mucho tiempo pensando, “Señor, quiero un hijo para que la otra esposa cierre su boca”, estando cansada de este asunto de ser maltratada todo el tiempo. “Señor, quiero un hijo que pueda criar. Quiero un hijo por el cual preocuparme”. Ella estaba pensando en sí misma. Ahora a través del proceso de Dios obrando en

su vida, ella fue llevada a la armonía con los propósitos de Dios. “Dios dame un hijo, y yo lo consagraré a Ti todos los días de su vida”.

Mientras ella oraba largamente delante de Jehová, Elí estaba observando la boca de ella. Pero Ana hablaba en su corazón, y solamente se movían sus labios, y su voz no se oía; y Elí la tuvo por ebria. Entonces le dijo Elí: ¿Hasta cuándo estarás ebria? Digiere tu vino. Y Ana le respondió diciendo: No, señor mío; yo soy una mujer atribulada de espíritu; no he bebido vino ni sidra, sino que he derramado mi alma delante de Jehová. (1Samuel 1:12-15)

Negó la acusación del sacerdote y dijo, “soy una mujer atribulada de espíritu... y he derramado mi alma delante de Jehová.”

No tengas a tu sierva por una mujer impía; porque por la magnitud de mis congojas y de mi aflicción he hablado hasta ahora. Elí respondió y dijo: Ve en paz, y el Dios de Israel te otorgue la petición que le has hecho. Y ella dijo: Halle tu sierva gracia delante de tus ojos. Y se fue la mujer por su camino, y comió, y no estuvo más triste. (1Samuel 1:16-18)

Ella creyó en la palabra del Señor. Cambió de actitud. Ya no lucía triste. Fue la fe, creer en la palabra de Dios a través del sacerdote, creyó que ahora Dios le daría un hijo. Hubiera sido contradictorio el hecho de que ella siguiera triste y amargada, y sin comer. Dios había prometido. El contestaría.

Aquí, por supuesto, una de las marcas de la fe, actuar como si usted ya lo tuviera, antes de tenerlo. Es una actitud. Si Dios ha prometido que me lo dará, ¿por qué debería andar por ahí deprimido, y triste, y amargado? ¿Por qué debería estar preocupado si Dios ha prometido que me lo daría? Si yo realmente creo en las promesas de Dios, yo comenzaré a regocijarme. Mi actitud y mis

acciones estarán en armonía con lo que yo creo. Así que debido a que ella creyó en la promesa de Dios, su semblante cambió. Ella comenzó a comer.

Y levantándose de mañana, adoraron delante de Jehová, y volvieron y fueron a su casa en Ramá. Y Elcana se llegó a Ana su mujer, y Jehová se acordó de ella. Aconteció que al cumplirse el tiempo, después de haber concebido Ana, dio a luz un hijo, y le puso por nombre Samuel, diciendo: Por cuanto lo pedí a Jehová. Después subió el varón Elcana con toda su familia, para ofrecer a Jehová el sacrificio acostumbrado y su voto. Pero Ana no subió, sino dijo a su marido: Yo no subiré hasta que el niño sea destetado, para que lo lleve y sea presentado delante de Jehová, y se quede allá para siempre. Y Elcana su marido le respondió: Haz lo que bien te parezca; quédate hasta que lo destetes; solamente que cumpla Jehová su palabra. Y se quedó la mujer, y crió a su hijo hasta que lo destetó. Después que lo hubo destetado, lo llevó consigo, con tres becerros, un efa de harina, y una vasija de vino, y lo trajo a la casa de Jehová en Silo; y el niño era pequeño. Y matando el becerro, trajeron el niño a Elí. Y ella dijo: !!Oh, señor mío! Vive tu alma, señor mío, yo soy aquella mujer que estuvo aquí junto a ti orando a Jehová. Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí. (1Samuel 1:19-27)

“Aquí está él, aquí está la prueba, aquí está mi pequeño niño”. Ella estaba emocionada, ella dijo, “yo soy aquella mujer que estuvo aquí junto a ti orando a Jehová. Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí.”

Yo, pues, lo dedico también a Jehová; todos los días que viva, será de Jehová. Y adoró allí a Jehová. (1Samuel 1:28)

Aquí es donde llegamos a la dedicación de los bebés. Es, más o menos, siguiendo este mismo patrón de Ana. Nosotros hemos pedido a Dios por

bendición, de darnos hijos, reconociendo que estos hijos son regalos de Dios, los presentamos a Dios y decimos, “Dios, Tú nos has dado este niño, pero nosotros queremos dedicarlo a Ti, para Tus propósitos todos los días de su vida. Que Tus propósitos y Tu voluntad se cumplan en este niño”. Esta es la dedicación de nuestros bebés al Señor.

Ahora, yo no conozco ninguna base escritura para bautizar bebés. Yo no conozco de ninguna de ninguna prueba de las escrituras para el bautismo de bebés. Yo creo que el bautismo es más un acto de un adulto consciente. Hay dos Escrituras que realmente tratan del bautismo. Una es, “Arrepíentase y bautídense”. Yo aún no he conocido a ninguno de estos bebés que se haya arrepentido. En el Evangelio de Marcos dice, “Aquel que ha creído y es bautizado”, y ellos realmente aún no tienen suficiente inteligencia para creer.

No quiere decir que el niño estará perdido si muere. Yo creo que un niño en un hogar cristiano es salvo si muere antes de una edad de responsabilidad. Yo creo que en 1 Corintios, el séptimo capítulo enseña esto. “Porque el marido incrédulo es santificado en la mujer, y la mujer incrédula en el marido; pues de otra manera vuestros hijos serían inmundos, mientras que ahora son santos”.

Usted dirá, “¿Pero que hay de los padres no creyentes?” Eso yo no lo sé. La Biblia no dice nada. Yo no debo decir nada. Y apoyo mi caso allí.

Dios será absolutamente justo en todos Sus juicios. No hay ninguna persona que obtenga un mal trato ante el juicio de Dios. Dios actuará justamente con cada caso. La justicia de Dios es algo de lo que estoy absolutamente convencido. La absoluta justicia del juicio de Dios es algo acerca de lo que no tengo ningún cuestionamiento. Por lo tanto, yo no me preocupo por los bebés que mueren. Yo sé que Dios será absolutamente justo en Su juicio. Así que descanso en eso. Pero los bebés, bíblicamente, pueden ser dedicados o presentados a Dios.

En el Nuevo Testamento cuando Jesús nació, ellos fueron y ofrecieron los sacrificios por el primogénito y lo presentaron al Señor. El sacerdote lo alzó en sus manos y bendijo a Dios, y dijo, “Ahora Señor, permite que tu siervo muera en paz porque me has permitido ver Tu salvación”. Pero nuevamente la idea de, “Aquí está mi niño Señor. Lo presento ante Ti para que Tú utilices esta vida para Tus propósitos, que Tu influencia esté sobre este niño y lo guíes mientras crece y desarrolla. Y Señor, lo dedico a Ti todos los días de su vida.” Yo creo que es un gesto maravilloso de parte de un padre.

Es cierto que cuando ellos crecen, tienen que hacer sus propios compromisos y sus propias decisiones. El hecho de que nosotros los dedicamos al Señor no quiere decir que ellos consentirán a esa dedicación cuando crezcan y puedan hacer lo que ellos quieran. Pero afortunadamente para ese momento nosotros les habremos dado suficientes aportes para que cuando ellos crezcan, no se aparten de la fe que han recibido mientras crecían bajo nuestra tutela. Así que es mucho más que solo dedicación.

Hay una responsabilidad como padres en criar a nuestros hijos en los caminos del Señor, enseñarles, instruirlos en los caminos del Señor, para que cuando crezcan estas sean las cosas que estén sembradas en sus corazones y mentes profundamente, que se vuelvan parte de sus pensamientos.